



PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE PUENTE-GENIL 1988

Hoy quiero llevar un niño de la mano. Un niño que me acompañe por las esquinas, calles y plazas de nuestro pueblo, pues en el primer año que va a estar despierto durante las noches de Semana Santa. Ese niño también quería fuesen todos Vds. dejando el corazón limpio y la mente clara como cuando lo éramos realmente. Es el primer año que quiero llevar a un niño de la mano durante esta Semana Santa de nueve días, ¡si nueve! y no me equivoco, y si no vente conmigo desde que sale la Virgen de la Guía hasta que despedimos al Resucitado y verán, si no les sale como a mi una novena Santa.

Hoy quiero mostrar como yo Siento la Semana Santa de Puente-Genil a ese niño que repito, pueden ser todos Vds. ¿Porque no despojan el corazón de sufrimiento o de las penas que hayan tenido a lo largo de sus vidas? y me tienden una mano para ayudarme a ser portavoz de estos días que nos esperan, y si en algo me equivoco seáis mis cirineos, para llevar conmigo esta carga pesada y dura, al menos para mi, de ser pregonero de la Semana Santa.

Porque mi pregón quisiera que fuese el de un corazón todavía niño, vivo y expectante, y que así fuera recibido por Vds. de una forma sencilla y llana, que creo es la mejor manera de contar las cosas, las cosas tal y como son, pero además vistas desde el fondo del alma, exaltando la belleza a su máxima altura y dejando los sentimientos abiertos y sin trabas que le impidan su caminar, para disfrutar y vivir, vivir si, cada uno a su manera, pero plenamente la Semana Santa de Puente-Genil. La Semana Santa de este pueblo que nos vio nacer y que llevamos metido en lo más profundo de nuestro corazón. De este pueblo que siempre tenemos en la mente, sobre todo si te encuentras fuera de él y sientes como a cada momento te viene a la memoria el recuerdo de sus calles, sus gentes. El recuerdo de aquella infancia feliz ya pasada. De aquellos años inolvidables en que la inocencia rodaba nuestros corazones endurecidos poco a poco con el paso de los años.

El recuerdo constante de nuestros seres más queridos que en este suelo reposan el sueño eterno, porque seguro también ellos tuvieron esos años inolvidables, en que colaboraron con su esfuerzo y entusiasmo para que la Semana Santa de Puente-Genil, tuviese el lugar de honor que este pueblo merece por historia, hidalguía y nobleza.

Mi primer recuerdo de la Semana Santa es bastante remoto. Debía de tener como tres o cuatro años, cuando mi abuelo en su casa de la cuesta Romero, y al levantarse de la siesta, (pues me estoy refiriendo a los calurosos julio y agosto) se sentaba en una mecedora al lado de una bastonera con cristales de colores y a la puerta de una patio donde el jazmín empezaba a florecer, y los tabarros runruneaban en pos del grifo de una fuente donde el caballo bebía a la caída de la tarde.

Era en esas siestas pesadas del verano pontanés y cuando quizás «Cerrauras y Llaves» había dejado mudo su pregón, cuando mi abuelo me sentaba en sus rodillas y me decía, ¡mira! así toca la chusma, y a continuación sobre el brazo de la mecedora repetía una y otra vez el monótono compás de la chusma. ¡Así los picoruchos! y así los romanos, y repetía con sus redobles en el brazo de aquella mecedora los distintos ritmos de los tambores de Puente-Genil, faltando solamente, por lo menos así me lo parecía entonces, el resto de la banda que hiciese llegar a mis oídos, Enriquetilla o Gloria al Muerto.

Hoy me gustaría que desde donde estés, que seguro será un sitio bueno, vieses que tus enseñanzas no han caído en el vacío, y aquí me tienes procurando transmitir el ritmo de la Semana Santa en el brazo de mi mecedora imaginaria, atreviéndome a versificar algunos de sus pasajes, y por eso hoy me acuerdo especialmente de ti, por que de lo bueno o malo que pueda decir, tú eres un poco culpable aunque yo lo sea en mayor medida, pido a Vds. disculpas de antemano y también pido a Dios humildemente ayuda diciéndole:

Yo quisiera Señor, ser pregonero
de mi pueblo y sus glorias ensalzarlas,
pero es pobre mi lira y al templarla
no me sale mi canto como quiero.
Yo quisiera Señor, ser campanario,
y que a los cuatro vientos repicara.
Y siempre sus tañidos se escucharan
de la calle la Plaza hasta el Calvario.
Mas... mucha es mi intención y poco el fuego
con que cuento del arte de rimarte
y de cantar al pueblo que yo quiero.
No me basta Señor, solo el rezarte,
sino siempre seguirte y adorarte,
y ser así, tu humilde pregonero.

Si esta ayuda me es dada, quisiera lanzar mi pobre voz a los cuatro vientos y despedir mi corazón en pedazos y si este era recogido por alguien, viese en cada uno de sus fragmentos escrito un nombre. Puente-Genil.

La primavera está llamando a la puerta con aldabonazos de perfumes y soles. El campo verdea de trigo erguido y ondeante besado por el viento cálido y suave que marzo y abril acostumbran a regalarnos, y el olivo ya aliviado de la carga que hasta el frío le mantenía se dispone de nuevo a ofrecernos su fruto milenario.

Ya hemos pasado en la Gloria cuarenta días, y ahora todo parece despertar, hasta la gente después del letargo invernal se vuelve más callejera. Las fachadas blancas y luminosas reciben su remozo anual, y el aire os trae otra vez más ese olor característico a Semana Santa que vamos percibiendo de la mañana a la noche. Ya no hacemos sino mirar al cielo y ante la posibilidad del chubasco y del agua tan necesaria, solo decimos, agua si, pero no en estas fechas, porque una semana pasa pronto y después que venga el diluvio si es que quieres.

Sones de guitarra en los ecos de este pueblo laborioso y trabajador que sabe, al llegar sus fiestas, integrarse en las mismas y cooperar con su esfuerzo y entusiasmo al esplendor de cada una de ellas. Y la Semana Santa exige el esfuerzo de gran cantidad de personas que se entregan día a día, año tras año, casi verso a verso, como diría el poeta, para que el día de la salida de la corporación o cofradía todo resulte con el máximo esplendor.

En la mente de todos están los nombres que a lo largo de la historia de nuestro pueblo se han esforzado en pro de la Semana Santa y tradiciones, de esas costumbres que

afortunadamente supieron transmitirnos para que jamás se pierdan en el olvido, sobre todo en estos tiempos en que la técnica deshumanizada acecha con despojarnos de todo tipo de sentimientos.

Hoy quisiera rendir homenaje a todas aquellas personas que nos mantuvieron vivos en la tradición, pero como nombrarlos ahora sería prácticamente imposible, me gustaría representarlos a todos ellos en un gran hombre, un estupendo pontanés y sobre todo un mananero con mayúsculas donde los haya, me refiero a Francisco Moyano Reina, pregonero en su día de estos sentimientos al que con todo afecto quisiera decirle, al mismo tiempo que le advierto a ese niño que llevo de la mano:

¡Ven y asómate al balcón
que ya vienen los romanos!
¿Ves aquel del traje azul?
¡Ese es Francisco Moyano!
El que remueve el plumero
en la tarde luminosa.
El que desfila ligero
con música victoriosa,
sin pensar en otra cosa
que en ser un buen mananero.
El que al compás de los sonos
que va marcando el tambor,
derrama su corazón
porque siempre es el primero
en guardar la tradición.
La bengala va alumbrando,
los romanos desfilando,
y hasta las penas me quita
el Jueves Santo en la Puente
¡Que esto es la gloria bendita!
Y por la cuesta Baena
subirá a la Vera Cruz
y a la Madre de Jesús
la llenará de azucenas.
De piropos encendidos
de emoción y sentimientos,
para apagar el lamento
de un corazón dolorido
y calmar sus sufrimientos.
Hoy te quisiera decir
mi gran amigo Moyano,
no dejes de desfilar
cuando salgan los romanos.
¡Que es muy duro! a descansar,
ya saldrán otros hermanos.
Pero el jueves luminoso
que reluce más que el sol,
reparte tu corazón

que es el día más hermoso.
Y a lucir el traje azul,
y a remover el plumero
y a desfilas el primero
que no hay nadie como tú,
para ser buen manantero.
¡Anda y cierra ya el balcón
que pasaron los romanos!.
¿Has visto al del traje azul?.
Ese es Francisco Moyano.

Hemos llegado al primer día de la Semana Santa, el sábado de Ramos o de la Guía, que es cuando realmente se produce el verdadero pregón, porque ella la Virgen de la Guía nos va anunciando entre velas y entre flores, que ya va faltando poco para que se cierre el infierno y se abra de par en par esa gloria que es la Semana Santa con la que soñamos durante el año entero.

Es la Virgen de la Guía
verdadera pregonera,
porque sale la primera
cuando va acabando el día.
Y paloma mensajera
que anuncia con dicha tanta
que nuestros limpios hogares
huelen a Semana Santa.
Es la Virgen de la Guía
la que anuncia el esplendor,
la amistad y la alegría
de los días de Pasión.
¡De alegría! ¡Si Señor!
Que la Semana Mayor
de un punto de Andalucía
celebra la redención,
el amor y la pasión
de Jesús el de María.
Y por ser Madre de Dios
es Pregonera Mayor.
la que llaman «De la Guía».

¡**Q**ue toquen las campanas de alegría! pues el Rey de Reyes viene a visitarnos. Humildemente subido en un borriquillo y sin embargo triunfante. El, que podía haber entrado en Jerusalén con su corte de ángeles y gloria, ha venido humildemente escoltado por palmas y olivos. Tan humilde es nuestro Dios que pudiendo haber nacido en Puente-Genil se fue a nacer en Belén.

Y Puente-Genil rutilante de luz le recibe con cariño, la palma y el olivo le rinden su belleza, y las campanas expanden sus metálicos sonos a los campos que florecen de hermosura. ¿Cuántos de los que hoy le reciben con júbilo serán los primeros en estar dispuestos para arrojar el primer salivazo sobre sus carnes heridas?

Desde su cabalgadura nos bendice y nos mira con tristeza. La palma roza el filo de los balcones y la plata del olivo brilla con la luz dorada de la tarde que anima esta jornada festiva.

Los romanos hacen su última subida cuaresmal hasta el Calvario, entre la multitud que les rodea y el humo de la bengala multicolor. Los grupos esperan por las esquinas para seguirlos, y entre estos hermanos va seguramente alguno preocupado pensando en que los rostrillos están desconchados, las ropas de las figuras sin planchar o algún martirio que necesita de urgente reparación. Ya prácticamente no faltan días, solo horas, pero sobra ilusión. La Vieja Cuasmera luce su amplia falda sin una pata que asome bajo su enagua. Los hermanos que están fuera van llegando, los abrazos se suceden y las lágrimas empiezan a brotar de los ojos. ¡Ya si que estamos en Semana Santa!

* * * * *

¡Tomad y comed! esto es mi cuerpo. Y nos dejó su cuerpo y su sangre, ¡que mejor alimento se puede heredar de nuestro Dios! Desde aquella última cena todo fue para el un puro tormento, pero entonces estaba con ellos, con sus discípulos. ¡Tomad y comed que esto es mi cuerpo y mi sangre, y hacedlo siempre en memoria mía!. Y desde hace unos años nos va ofreciendo el divino alimento, cuando cae la tarde del Lunes Santo pontanés. Desde San José hasta el puente sobre el Genil, este paso bellísimo con el que se ha engrandecido hasta lo infinito nuestra Semana Santa, recorre nuestras calles entre el clamor de todos sus hermanos y del pueblo, que le sigue para admirarlo, sobre todo por las cuestas, para comprobar la destreza y entrega de sus costaleros, de esos costaleros que al compás de sonos celestiales van meciendo a esa Paloma Blanca que va llorando de Amor. ¿Cuántas emociones afloran a nuestras gargantas al ver ese palio que caracolea con la brisa de la tarde, como si de una marcha por bulerías se tratara. Con cuanto mimo la llevan. Por eso no puedo por menos que animar a esos chavales que bajo la trabajadera esperan el golpe seco del llamador y la voz del capataz que les advierte.

¡Que voy a llamar tres veces
para que estéis preparados!.
¡Cuando suene el llamador
estaréis bien avisados!.
¡A esta es! ¡estad alerta!,
y apretad bien en el suelo
alpargatas costalera,
y subid hasta los cielos
a la Virgen Madre Nuestra,
que va llorando de Amor
detrás de la Santa Cena.
¡Lunes Santo de La Puente!
costal y trabajadera.
Virgen vestida de blanco
entre lirios y azucenas.
¡A esta es! se oye una voz,
¡Vamos al Cielo con ella!
y se eleva por los aires

la Paloma de Pureza,
y el palio de cielo y oro
se mece en la primavera
de La Puente, y atesora
Reina del cielo en la tierra.
¡Valientes, que no decaiga!
¡Vamos al cielo con Ella!
a llenarla de piropos
y a cantarte cuarteleras,
que meciendo su llorar
y aliviando así su pena,
es lo mismo que rezarle
bajo las trabajaderas.

Ya estamos en Martes Santo y, los martirios sin arreglar, la pintura de los rostrillos no está seca todavía, ¿que haremos? a estas alturas ya poco se puede hacer. ¡Dios proveerá!, al final que todo sale, no sé como pero sale.

Es la hora de la procesión, pasa el Cristo del Calvario entre dos ladrones también crucificados. ¡En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso!. Paso magnifico que mueve a la piedad de todo aquel que lo contempla. Cristo en la Cruz y todavía perdonando a un ladrón que junto a él se encuentra, perdonándolo y prometiéndole el Paraíso.

Y detrás ese Paraíso de Virgen que es la del Consuelo. Acaso la más bella advocación Mariana con que cuenta nuestro pueblo. Comprobarán Vds., que siempre al hablar de la Virgen todas me parecen guapas, y es que realmente Puente-Genil cuenta con ese privilegio. La del Consuelo va exhalando un suspiro de dolor por su boca entreabierta y cruza sus manos sobre el pecho para contener un gemido que está a punto de estallar en su alma dolorida.

Las manos entrelazadas
y la carita de pena,
negro luto bajo el palio
tu Consuelo siempre llevas.
Desde que te descubrieron
escondida en las tinieblas
no he dejado de admirarte
y de encontrarte más bella.
Llevaste Consuelo al pobre
y la luz a las estrellas.
Pena contenida y llanto
en tu alma nazarena.
Pasas en la procesión,
donde tú eres la doncella
que perfuma los jardines
más floridos de esta tierra.
Arco iris, luz y rosa
del Consuelo Madre Nuestra,

que va llorando en la noche
con su carita de pena.

El día está a punto de acabar y la tarde se torna de colores rosa y oro. La puerta del convento es un revoloteo de picoruchos que parece solo esperan su vuelo hacia la torre. El gentío se apiña en poco espacio, y allí siempre caras conocidas, mananeros de ayer y de hoy.

El rincón donde te ofrecen alguna uvita lleno de amigos entrañables a los que quizás veamos de año en año y precisamente en este momento. Túnicas blancas y demás colores, El Cirio. La Amargura, sembrando la calle de Aguilar a la multicolor paleta de un pintor.

Los tambores y trompetas anuncian la salida del lavatorio que enfile la calle arriba y arrecia la música y aparece la Oración del Huerto. El olivo cimbreante apenas puede salir por la puerta de la Concepción, pero el ángel abre sus alas y protege al Señor de la espesura de las ramas ¡al mismo tiempo que le ofrece el cáliz de tantas amarguras!

¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!. Ya no duda tiene que dar su vida por nosotros, y nosotros ahora lo estamos viendo en este momento crítico de la Pasión. La hora de la Soledad, uno de los momentos con el que por desgracia la gente se siente más identificada.

Cristo se fue a orar y se quedó solo. Todos los que había a su alrededor se durmieron, se quedó completamente solo. Terrible momento porque ¿quien no se ha quedado solo alguna vez?. Creo que casi todos nos hemos sentido abandonados como Tú, Señor, pero al fin y al cabo Tu eras Dios y tu destino sabías que estaba escrito, y en aquella noche azulada del huerto de Getsemaní, tus amigos durmieron profundamente, pero los nuestros Señor, los que nos rodeaban en la hora de nuestro cáliz, se hicieron los dormidos, y no pusieron siquiera una mano en nuestro hombro para preguntarnos, ¿que te pasa amigo?. Quizá fuera mejor así, porque ya sabemos todos donde condujo el beso de Judas. Es por ello que en la esquina imaginaria donde veremos pasar la procesión quisiéramos decirte:

Para apartar Señor esa amargura,
del cáliz que te ofrecen en el huerto,
mi vida te ofreciera siempre presto
que te hiciera olvidar tu sepultura.
Y ser apóstol tuyo, y no dormirme
mientras oras Señor al Padre Eterno.
Para poder librarte de este infierno
y que puedas sin penas, redimirme.
Cubrirte de esperanzas cual olivo,
para impedir Señor tus sufrimientos,
el que como un ladrón vayas cautivo.
Apartarte Jesús, de los tormentos
porque también yo tengo sentimientos
y sé, que con tu muerte yo estoy vivo.

Y el paso sigue adelante, adornado con claveles que van sangrando la púrpura de sus pétalos, acariciando los pies desnudos del Salvador, que mirando al cáliz la va diciendo al Padre, ¡no se haga mi voluntad sino la tuya!.

Con la mano en la mejilla y en una piedra sentado. Avanza lentamente hacia la verja en este trono de oro, alumbrado por cuatro grandes faroles.

La tarde cae más y más y los tonos amaratados de su piel se funden en conjunción perfecta, con un anochecer recién nacido. Va mirando en la distancia sin fijar la vista en nada, para no ver acaso, que los mismos que hoy le condenan, hace solo unos días le recibieron con palmas y olivos.

Año tras año una acostumbrada voz le lanza el primer piropo que le sirva de bálsamo a sus heridas. Y el miserere lanzará sus notas al viento que nos inflamará el corazón, haciéndolo palpitar de tal manera que parece estallará de un momento a otro.

Y surge la cuartelera. Y las gargantas se rompen de entusiasmo, y el Humilde seguirá mirando en la distancia, subiendo despacio la calle de Aguilar entre ese chisporroteo blanco de cirios encendidos que le acompaña durante todo el recorrido; y al niño que llevo de la mano he de advertirle:

No cierres el balcón y sal a verlo,
que en tina piedra dura va sentado,
y verás en su rostro iluminado
las penas, el dolor y el sufrimiento.
Verás también claveles que en el viento,
se mueven dulcemente y al compás
del miserere que empiezan a tocar,
para que nadie escuche sus lamentos.
Espesa nube de incienso humeante
perfuma el trono de luz y de oro
que sigue brillando calle adelante,
como reluce el más bello tesoro.
Deja que te diga que siempre te adoro,
al ver dolorido tu humilde semblante.

Y detrás la Virgen de nuevo, siempre consolando al hijo, pero esta vez llena de amargura, amparándonos con su manto grana y oro, necesitando ella misma de tanto amparo y consuelo, al ver a su Hijo que lleno de Humildad descansa en una piedra después de ser flagelado, y al que quisiera calmar aunque solo fuese con un suspiro de amargura salido desde el fondo del corazón.

* * * * *

Ha amanecido en uno de los tres jueves que relucen más que el sol. Día de verdadera fiesta para los católicos de todo el mundo. Día en que la Eucaristía estará presente en los maravillosos monumentos que para mayor gloria de Dios se levantan en los templos de Puente-Genil. ¡Lástima! que con el paso de los años se han ido perdiendo un poco esas largas filas de hermanos con túnica negra recorriendo las estaciones. En la

actualidad vemos a muy pocos grupos, y yo me pregunto y les pregunto a Vds. ¿tanto trabajo costaría resucitar en lo posible esta costumbre?.

El ir y venir de las gentes es constante, ya desde el mediodía se adivina el ambiente de fiesta en todos los sitios.

Los Romanos pronto entrarán por la calle Ancha, y de los cuarteles salen apiñados los hermanos para presenciar el magno desfile del Imperio. Otros en cambio ya estarán iniciando el rito de vestirse de figura, y orgullosos lucirán los ropajes de personajes heredados de sus mayores o más recientemente creados por ellos, y un repeluzno de emoción embriagará sus almas en estos momentos y cuando una larga fila se incorpore a la procesión y a través de la malla de los ojos de rostrillo vea turbiamente a Cristo o a la Madre, irá musitando en silencio:

Rostrillo, humilde cartón
que unas manos artesanas
te dotaron de emoción.
Rostrillo, humilde cartón,
representación viviente
de algo que dentro se siente
y no tiene explicación.
Rostrillo que das la vida
a aquel que tu representas,
pues vas viviendo por dentro
lo que otros ven por fuera.
Y aunque puedas ir cubriendo
un rostro que va llorando
tu cara de cartón piedra,
se nos muestra disfrutando.
Y a fuerza de seguir tapando
emociones tan sinceras,
puedes disfrutar por dentro
o llorar siempre por fuera.
Serás el grave Caifás
autoridad de Judea,
o el escriba de la Ley
la figura de las Sectas.
Y también Samaritana
para calmar la sed nueva,
lazarillo en el Pretorio
o el Don de la Fortaleza,
aquel que un castillo en martirio
en sus manos siempre lleva.
O serás en las Virtudes
el Amor o la Paciencia,
Fariseo en los Testigos
y Memoria en las Potencias.
Rostrillo de las Marías
que ungieron llenas de pena

de perfumes al Señor,
que olieron a Primavera.
Ser Malco en el Prendimiento,
Ezequiel en los Profetas.
Los Doctores de la Ley.
O Pilatos en la Sentencia.
Muerte en las Postrimerías
la Sibila o la Prudencia.
Verónica que mitiga.
O María María Magdalena.
Ehiermo de los Jetones,
rostrillo de las mozuelas
que dieron la palangana
al que mandó en Galilea.
Natán o el del Rey David,
el de la espada de acero.
Diablo en los picoruchos
para arder en el infierno,
o aquel de tela metálica
con los bigotes enhiestos
que hace ya unos pocos años
desfilaba en el Imperio.
De Salomé o de Judit
que la cabeza pidieron
del Bautista, el de. Sara
o de Tobías, los Hermanos Macabeos
y San Pedro el de las llaves
que está en el Apostolao.
Y Barrabás el ,maldito
que sale con los ataos.
Y así una lista inagotable
que hacen casi interminable
esta representación,
rostrillo, humilde rostrillo
quien te lleva con orgullo
te va dando el corazón
el amor y la alegría
el recuerdo y la emoción
y vida, ¡quien lo diría!
que poniéndote sentía
siendo un humilde cartón.

Y seguirá viendo turbiamente cuando la puerta de la Vera Cruz se ilumine con el resplandor de los faroles alumbrando a Jesús Preso que entre dos sayones aparece entre nosotros, y de nuevo la cuartelera lanzará sus notas lastimeras, y las figuras, hoy ya en gran número marcharán despacio, formando como un gran rosario de sedas y terciopelos.

La Vera Cruz mira llorosa la cruz que tiene ante sus plantas, y otra vez las figuras con su lento caminar, detrás de Jesús con las manos amarradas y acabado de prender, y

prendido quedé yo en el Prendimiento cuando hace ya algunos años tuvimos la bendita locura de crear una corporación que desfilase el Jueves Santo y nos hermanase todavía más, si cabe, de lo que estábamos con anterioridad. Y si mi abuelo fue mi iniciador a la Semana Santa, estos hermanos míos del Prendimiento de Jesús han aportado su granito de arena para su mayor conocimiento de la misma. Siempre han estado a mi lado, físicamente y en la distancia, brindándome ese abrazo de verdad que también se da fuera de estos días. Quisiera ahora mismo tener más palabras y menos emoción al dirigirme a ellos y expresarles mi cariño, pero como ello no es posible solo puedo decirles:

Tengo en mis manos tan fuertes ligaduras,
y el corazón tan preso de contento,
que a veces pienso si no es una locura
el querer como yo quiero al Prendimiento.
Pues ellos me enseñaron sentimiento,
a reír, cuando llega la amargura
disfrutar del momento en el momento,
y la esperanza en esta vida oscura.
Por eso mis hermanos tan amados
con vosotros estaré siempre obligado
a compartir el fuego que aquí siento.
Y aunque creáis que estoy tan alejado,
os aseguro que el grupo que he soñado
es el vuestro y el mío, El Prendimiento.

Las filas de nazarenos con sus cirios encendidos vienen lentamente agrietando las sombras de la noche. Hay en el aire presagio de dolor y el incienso sube hasta el cielo fusionándose con las estrellas que también se han asomado de puntillas a las nubes para ver pasar al Señor de la Columna.

Cristo a la columna, con los ojos bañados en lágrimas y en tristezas, con un hilo de sangre saliendo de su boca que empieza a cerrar para que el vómito no se produzca.

Las piernas le van temblando y sin embargo se resiste a la caída, no en vano es el Hijo de Dios y su hora no ha llegado todavía. Por la cruenta geografía de sus espaldas corren ríos de sangre nacidos con el látigo y el flagelo. Hoy, que todos vamos por este mundo estrecho, atados a la columna del quehacer diario, maniatados por el compromiso, con las muñecas juntas y la lengua muy suelta, presos los pies y libre el corazón, no podemos dejar de mirar al Señor de la Columna y pedirle desde el fondo de nuestras heridas, que por gracia de las suyas nos depare un poco de menos odio, un tanto más de valor y un mucho más de fortaleza y poder desatarlo de esta manera de esa columna fría donde sin piedad lo ataron:

Como si fueras ladrón
a la columna te ataron,
y vilmente te azotaron
y te hirieron con rencor.
Y coronaron tu frente
con la corona de espinas,
manando una hermosa fuente

por tus sienes tan divinas,
que en caudal interminable
a nuestra sed, ofrecía esa fuente inagotable
que a todos fortalecía.
A la cara te escupieron,
tu cuerpo martirizaron
y tu pecho flagelaron,
siendo la luz y el sendero
del que te sigue, Señor.
Y en el mundo pecador
tus consejos olvidaron
y a la columna te ataron
como si fueras ladrón.
Con blasfemias te humillaron
y Tu, Humilde, lo aceptabas,
tus hombros apaleaban
y hasta tus ojos lloraron
y les dabas el perdón,
y como no te escuchaban.
a la columna te ataron
como si fueras ladrón.
¿Porqué Señor, te azotaron
y tu frente coronaron?
¿Porqué te martirizaron
y tus hombros flagelaron
sin justicia y sin piedad?
¡Si a nadie le hiciste mal!
Si repartiste bondad
entre todos los humanos.
Si abriste tu corazón.
¡Tu corazón tan divino!
fuiste bálsamo de amor
y descanso en el camino.
Luz y senda verdadera
y el aire de primavera
que dora el grano de trigo.
Tú que viniste a morir
a este mundo pecador
solo te hizo sufrir.
Te hirieron y te olvidaron
y al empezar tu pasión
a la columna te ataron
como si fueras ladrón!

¡De esperanza verde va vestida! De esperanza es el color de su manto. De esperanza es el palio verde y oro que se mueve en la noche como el capote bonito de un torero.

Y repartiendo esperanza va la Virgen guapa detrás de Cristo flagelado, y ya solo lágrimas de esperanza le queda. Ahora quisiéramos ser todos como San Juan para apartar de su pecho el puñal que hiriendo su amor de Madre y enjugar sus ojos con pañuelo que delicadamente lleva entre los dedos.

Dame un pañuelo de encajes
cubierto de filigranas,
para calmar el dolor
de esta Virgen de Esperanza.
Y ponérselo en las manos
a la Reina Soberana
para que pueda secar
ese manantial de lágrimas
que fluyendo de sus ojos
se derrama por su cara.
Dadme un palio verde y oro
cubierto de pedrerías,
y cubrir como un tesoro
tu manto, Virgen María.
Que va derramando lento
la estela de tu Esperanza,
y el corazón al momento
va recibiendo tu gracia
palpitando de contento.
Dame esa luna azulada,
la luna del Jueves Santo,
que ilumine tu mirada
apagada por el llanto.
Y que sus rayos reflejen
los luminosos destellos
para que al momento dejen
de llorar tus ojos bellos
que en tristezas te sumergen.
Dame un ramo de azahares,
para cambiarlo al momento
por el puñal, de su tormento
tu pecho llena de males.
y perfumando el entorno
del paso majestuoso
pueda oler a primavera,
pueda servirte de adorno
y fundirse con la cera
que alumbra tu bello rostro.
Y así, juntando el pañuelo
que seque tu llanto amargo.
Cubriendo tus ojos bellos
con el salero de un palio.
Dándote una luna azul
que ilumine el verde manto,

y mil ramos de azahares
que aromas te vayan dando,
cataremos tu esperanza,
la noche del Jueves Santo.

La noche del Jueves Santo que habrá de pasarse en vela esperando la gran hora de la Diana y ver otro año más al Nazareno.

Sin dormir por verte espero y esperaré mientras pueda a que salgas y me mires. El pórtico se levanta como una inmensa silueta entre el amanecer que empieza a clarear. Por la empinada cuesta, el río humano desemboca en el Calvario para poder postrarse ante tus plantas. También tu campanita se acerca en la distancia y un oleaje de plumeros blancos esperan a que vengas lentamente.

Ya está el arco de oro iluminado y los clarines llorando sus sonidos, y algunos gorriones con susto jubiloso, vuelan presurosos y se escapan para verte entre los pinos. Y tú ya estás aquí y la gente ha enmudecido, alguna lágrima nos cae por las mejillas y al mirarme tú, y mirarte yo a los ojos, solo puedo rezarte una oración:

Padre Nuestro Jesús Nazareno,
Santificado sea tu Nombre
así en la tierra como en el cielo.
Es tan grande el amor que por ti siento
que no he sabido hacerte ningún verso,
por que siendo Tú, el Padre de los hombres
también eres el Padre de mi pueblo.
Tú serás el puente perdurable
que se alzaré en los siglos venideros.
Nosotros la corriente que se aleja
para morir al agua, en mares viejos.
Tú serás el lucero que ilumina
ese telón de luz del firmamento.
Y nosotros barquillas que se hunden
en corrientes de odios y lamentos.
Tú seguirás pasando por los siglos
hacia Miragenil, entre amores nuevos,
nosotros ya acabados te veremos
atravesar el puente de los cielos.
Tú te quedarás año tras año,
para bendecir a todo nuestro pueblo,
nosotros en las aguas de este río,
por algún tarajal nos perderemos,
porque no hemos sabido serte fieles,
Señor y Padre Eterno.
El Señor de La Puente, de los mares,
de la tierra y el cielo.
Perdón Señor,
perdón siempre te imploro
desde un lugar del cielo o del infierno,

perdón Señor, el Padre de los hombres,
y el Patrón y Padre de este pueblo.
Amén.

Largas filas de hombres y mujeres piadosas con el goteo de sus cirios alfombran de cera Santa Catalina, que es otro hervidero humano, cuando las figuras hacen su reverencia ante el Nazareno. Y la calle es un clamor en la mañana y las notas alegres del Imperio colman el vaso de tanta y tanta belleza concentrada.

El Cristo de la Misericordia en paso majestuoso le sigue de cerca. La Virgen y Maria Magdalena lloran a sus pies, San Juan trata de consolarlas, mientras el soldado romano vigila. De nuevo la Virgen con San Juan consolándola al pie de una cruz vacía, y cerrando este maravilloso desfile la Virgen de los Dolores, envolviendo su dolor en un manto azul de primavera, y bajo un palio de plata transparente para que el sol quede prendido en su corona y prendado de tanta hermosura como atesora.

La tarde va cayendo lentamente y esto nos produce un poco de tristeza al ver que las siluetas de las torres adquieren un perfil oscuro y de nostalgia. *¡Viernes Santo! que te vas yendo poco a poco, como la infancia perdida en el recuerdo, como el adiós a la alegría mañanera y jubilosa de la saeta, que cruzó, como el rayo del sol por el cristal, para prenderse entre lirios y claveles y cantarle al Nazareno agobiado con la cruz o a la Virgen guapa que llora eternamente.*

Ya está Jesús en el pórtico de nuevo, pero esta vez será la despedida, y siempre al verlo allí, me acuerdo de los versos de aquel poeta:

Ensueño de mi vida
mi ardiente y vivo anhelo,
morir tierra querida,
morir bajo tu cielo
y al pie del Nazareno
la eternidad dormir.

Y se durmió en 1916, se durmió Miguel Romero lejos de su tierra querida como él quería, y aún hoy, nadie sabe donde reposan sus restos, aunque sí donde y al pie de quien, reposa su alma. También quisiera rendirle homenaje al hombre que tanto nos legó sobre la Semana Santa de Puente-Genil.

¿Donde estará tu cuerpo en este día?
¿En que tumba o cementerio ya reposas?
¿A donde he de llevarte yo, las rosas?
¿En que sitio dijiste que dormías?

Al pie del Nazareno, al que querías,
estarás soñando con la eternidad,
y si pudieras volverte y despertar,
estaría tu alma llena de alegría.
Y puede que un sayon pregonaría
si supiera cuan larga es tu partida

donde nos dejas arte, luz y vida.

No mires que nos dejas una herida.
Y aunque la Puente tu cuerpo no tendría,
pero sí tu alma, que vive aquí dormida.

El negro manto de la noche ha extendido sus pliegues sobre el río. Es la noche del Viernes Santo, a mi parecer, la de más embrujo y misterio de nuestro pueblo, pues en la misma se conjugan la luz y los sonidos. Luz amarillenta de candelabros que alumbran la muerte del Hijo o la pena de la Madre. Sonidos lastimeros de la cuartelera que parte en mitades las brisas del Genil. Monótono compás de los picoruchos, que como en un infierno dantesco emergen en las sombras de la noche. Cadena chirriante de la Muerte y el Demonio. Mezcla de sonidos y luces, de emociones y sentimientos en esta noche perfumada del Viernes Santo.

La ermita del Dulce Nombre es un ascua de luz y ha llegado la hora. El Cristo de la Buena Muerte recorta su imponente silueta en la puerta de la iglesia. Cristo muerto por amor. Cristo de la Buena Muerte, llevado en silencio por esta calle de la amargura que es Puente-Genil en los días Santos.

Acaba de agonizar, acaba de decirle al Padre, ¿porqué me has abandonado? y ha reclinado la cabeza. Casi le sale todavía un soplo de aire, un aliento divino, y sus brazos se han distendido suavemente después de tanto dolor. Al ver a San Juan al pie de la Cruz se lo ha mostrada a María diciéndole ¡He ahí a tu hijo! y al final de la vida y casi sin aliento le dice de nuevo al Padre ¡en tus manos encomiendo mi espíritu! y dulcemente expiró. Dulcemente como nuestro Cristo de la Buena Muerte, reclinando la cabeza sobre el pecho herido por la lanza de Longinos. Cristo muerto por amor:

Por amor, vas Jesús, crucificado.
Por amor, expiraste hace un momento.
Por amor, aguantaste los tormentos.
Por amor, perdonaste el pecado.
Por amor, en la sangre del costado,
florece los claveles y los lirios.
Por amor, aceptaste el martirio,
y por amor, el pueblo te ha llorado.
Por el amor, la gente se ha callado,
al ver que va sin vida el Redentor,
y por amor, te llora en el dolor.
Con amor, por esta calle hoy has pasado.
He notado Señor, que me has mirado
y lloro arrepentido por tu amor.

El aire se ha calmado en el dolor y la luna se detiene a contemplarla, que va la Virgen de luto y está llorando en silencio. ¡La Virgen de las Angustias!

Virgen preciosa que tiene un nudo en la garganta al ver en el regazo a su Hijo que en una Cruz expiró. Es pálida y delicada como un atardecer en el otoño, tiene sus mejillas teñidas de jazmines y en sus ojos doloridos lleva el signo de la resignación. Ha muerto su

Hijo y nadie la oye llorar, como si no quisiera con sus lamentos herir más el cuerpo ya sin vida del Redentor.

Por eso en silencio hemos de seguirla y buscarla por esas calles y plazas preguntando sin cesar:

¿Dime, por qué calle viene
para salir a su encuentro?.
Por la puerta de «la barca»
está el paso apareciendo
y la Virgen va llorando,
al ver que Cristo se ha muerto.
Y los claveles del paso,
temblando como luceros
al llegar junto a la esquina
el aire los va meciendo.
¿Dime por qué calle está
para salir a buscarla?
Está en la puerta «los Frailes»
lleva la luna en su espalda,
acariciándole el manto
de larga cola enlutada.
San Juan y la Magdalena
lloran al verla apenada,
con su hijo en el regazo
envuelto en sábana blanca.
¿Dime si está en la Parroquia?
Porque la he visto tan guapa,
que quiero volverla a ver
con luz de luna azulada,
con su corona de Reina
en la frente inmaculada,
por ser la Madre de Dios
bendita, y llena de gracia
que va sufriendo en silencio
por nuestras calles y plaza.
Por el Paseo va María
sus lágrimas derramando,
casi un suspiro escapando
y más bella todavía.
El río, al verla pasar,
piropos le va lanzando
en corriente enmudecida,
pues está fresca la herida
de su hijo agonizando.
Dime si vienes conmigo
hasta su iglesia encerrarla,
que no se encuentre tan sola
por nuestras calles y plazas,

que va de duelo la Virgen
y con la muerte en sus faldas.
con un suspiro de Angustia
que de su boca se escapa,
y lágrimas cristalinas
en sus mejillas de nácar.
¡Ven conmigo al Dulce Nombre
porque San Juan, aun tarda,
y otros hijos que la quieren
sola, no pueden dejarla,
Y calmarla en el dolor
que se le sale del alma
por la garganta de perlas
que en un nudo se le salta,
¿Por qué no decirle algo
para así un poco animarla?
Porque es que, Puente-Genil,
al verla sufrir, se calla.
Y el silencio es una forma
también de decirle guapa,
de llenarla de piropos
y en su dolor respetarla,
que lleva a su Hijo muerto
por calles y plazas
y ahora están tocando a entierro
en sus torres las campanas.
Por eso mira en silencio,
que las espinas clavadas
en su corazón de Madre,
se le vuelvan rosas blancas,
porque es que, Puente-Genil
al verla llorar, no habla,
que también es una forma
de decirle guapa y guapa.
La de la boca de perlas,
la del nudo en la garganta,
la de lágrimas de pena
y la frente inmaculada
por ser, la Madre de Dios,
bendita y llena de gracia.
Dime, ¿por que calle va?
La Virgen, ya está en su casa.
La luna está oscureciendo
en la fría madrugada,
y siguen tocando a muerto
en sus torres, las campanas.
Mientras que el pueblo enlutado
en el silencio del alma,
te reza por cuarteleras,

al verte tan angustiada.

Después de José de Arimatea y Nicodemo se llevaron el divino cadáver, la Virgen quedó completamente sola. Quedó una cruz vacía, tan solo el sudario pendía de ella, detrás la Soledad de la Isla. Soledad al pie de la cruz. Te llaman plaza chiquita, dice saeta pero... ¿para que queremos una plaza grande para Virgen chiquita, aunque inmensa sea su Soledad?.

¡Dulce Nombre y es verdad! Porque guardas en tu ermita a la Virgen más bonita, *esto si que es verdad*, ¡Virgen de la Soledad!.

La Virgen de mi barrio, la que vive al lado de mi casa. Cuando estoy en Puente-Genil lo primero que veo cada mañana es la espadaña de su iglesia y la campana, y uno de mis primeros saludos es para ella, para esta Soledad al pie de la Cruz que en esta noche recorrerá las calles de la Isla, para perfumar de azahar la primavera:

Clavel para tu dolor
en tus plantas yo pusiera,
y rosas de primavera
del más hermoso color.
Para tu pena mayor
calmar, en tan triste llanto
y evadirte del quebranto
que te llena en desconsuelo.
de seda traigo un pañuelo
para enjugar tus mejillas
y tus lágrimas, semillas
de perlas blancas en duelo.
Y cera para alumbrarte
la calle estrecha y oscura
y desechar tu amargura
y con ello consolarte.
Y al ser la calle de luz
sendero, donde caminas,
cambiar clavel por espinas,
Soledad, al pie de la Cruz.
Por la calle de la Plaza
de niño, yo te veía,
y en celeste melodía
de estrellas parpadeantes
tu belleza deslumbrante
siempre se me aparecía.
Sola pasabas llorando
en la noche perfumada,
y yo era niño y pensaba
que te estaban maltratando.
Y mientras iba pensando
en lo amargo de tu pena,
iblanca! como una azucena

Tú seguías Madre, llorando.
Pasó el tiempo y perfumando
el aire las primaveras,
mientras, yo me fui alejando
de mis costumbres primeras.
Más es del hombre quimera
el que azares del destino
lo lleven al desatino
de olvidar sus tradiciones,
y no hay mayores traiciones
que arrancarte las raíces,
aunque yo, nunca lo hice
pues me faltaban razones.
Pero llegó al fin un día
en que fui humilde, y sentía
una llamada de aliento.
Y en mudo arrepentimiento
ante tu imagen bendita,
de mi corazón sus cuitas
fuiste bálsamo al momento.
Y ante Ti, siempre postrado,
Soledad al pie de la Cruz,
sendero en donde la luz
se ilumina de colores,
llenarte quiero de flores
para aliviarte en tu cruz,
y ser de amor, los amores.
Y decirte con aromas
en la noche perfumada,
en que vas engalanada
como Reina y con corona.
¡Soledad al pie de la Cruz!
morena guapa y bendita,
pontanensa más bonita
no la he visto como Tú.
Rosa del Rosal primero,
clavel que en el aire aroma,
eres la blanca paloma
perfumando con tu vuelo
las calles, en cuanto asomas.
¡Soledad al pie de la Cruz!
Nardo fino y oloroso,
del pecador el reposo
y del ciego eres la luz.
Del sordo eres melodía,
Del sediento la bebida.
De la noche eres el día.
Del caminante, partida.
De las más hermosas, Tú.

del pueblo eres la alegría
del pobre eres el consuelo
del dolor eres el duelo.
de música, sinfonía.
De inocencia eres el velo,
y de la pureza, azahares.
Alivio para los males.
De la tierra eres el cielo.
Del perdido eres timón,
de la saeta, quejido.
Del pájaro eres el nido.
Del jardín, más bella flor.
El más hermoso lucero.
La estrella más rutilante.
El gladiolo más fragante.
Eres la luz y el sendero.
Y Madre junto al madero
del hijo de tus entrañas...
Eres el cielo de España,
y eres la gloria del cielo.

El sábado es el día en que los mananeros se sienten un poco apesadumbrados porque la Semana Santa se ha pasado en un vuelo.

Apenas se ha podido disfrutar de lo que con tanto tiempo y tantas ilusiones se preparó durante un año entero.

Es el día en que los pontanenses que residen fuera, y que como las golondrinas vuelven al nido al llegar la primavera, después de disfrutar de su pueblo, de sus amigos, de sus tradiciones, tienen que pensar en la vuelta al lugar de residencia, con pena y con tristeza, y con un nudo en la garganta que hará, al emprender el viaje de regreso el no volver la vista atrás, para que sus ojos no se humedezcan y apretarán fuertemente los labios para que el llanto no salga a borbotones.

Es el día de la calma, en el que empiezan los proyectos para el año que viene, donde las ilusiones se renuevan y los sueños se van forjando en la distancia de un año entero por delante que cuando acordemos estará a la vuelta de la esquina.

Siempre estoy en la puerta de la Vera-Cruz, y siempre los veo. El Pelícano sube hasta San José para asistir al entierro de Cristo. Cristo ha muerto y lo llevan a enterrar por las calles de Puente-Genil. En una urna de cristal para que la brisa del atardecer no enfríe más su cuerpo ya tan frío, y recostado sobre un lecho de suave seda que acaricie su cuerpo maltratado.

¡Silencio! que va dormido. Que la saeta apague su quejido lastimero para que Cristo no se despierte. Pero alumbrad bien la calle con luceros del firmamento, que va dormido el Señor en un sueño profundo y divino como una eterna primavera. ¡Que las pisadas en el suelo sean suaves! ¡que no haya ruido!. ¡Silencio!.

¡Silencio! que va dormido
y no quiero despertarle.
¡Silencio y suave llevadle!
que su pecho lleva henchido
de amor, y por salvarme,
no ha hecho más que recordarme
lo poco que le he querido.
¡Silencio y suave llevadle!
¡Silencio! que se ha dormido.
La Saeta en el balcón
apacigüe sus lamentos.
Después de tanto tormento
lleva roto el corazón,
y pudieran sus quejidos
en la noche despertarle...
¡Silencio y suave llevadle!
¡Silencio!, que va dormido.
¡Silencio por Dios! ¡Silencio!
que se puede despertar,
y de sus llagas divinas
la sangre puede manar...
y ya bastante ha sufrido,
no queráis más condenarle.
¡Silencio y suave llevadle!
¡Silencio! ¡que se ha dormido!.
La luz de la vela alumbra
las calles por donde pasa,
¡que haya luto en cada casa!
¡que calle la muchedumbre!.
Que el corazón encendido
no se olvida de rezarle
y sus heridas curarle,
como al pájaro en el nido.
¡Silencio y suave llevadle!
¡Silencio! que se ha dormido.
¡Que lloren hasta las piedras
cuando le veáis pasar!
Que Cristo ya está durmiendo
en su caja de cristal.
Y por librarnos del mal,
no va muerto, está dormido.
Yo, que siempre te he querido
no he de herirte, he de callar...
¡Silencio! que está dormido,
y le vais a despertar.

Al igual que el Domingo de Ramos, otro domingo luminoso ha amanecido.

¡CRISTO HA RESUCITADO!

Otra vez las campanas repicando a gloria y lanzando sus tañidos a los confines del mundo, como en un revuelo de palomas blancas, bajo los destellos del sol que todo lo alumbra.

Ya estallado por fin la primavera y los ruiseñores mañaneros con su alegre trinar despiertan nuestros sentidos, en este amanecer con olor a calle recién regada.

¡Cristo ha resucitado!. Que no haya más penas, que triunfante lo estamos viendo recamado de oro y colorido.

Y otra vez los tambores y trompetas, pero esta vez con una tonalidad distinta, ya no es tono menor con regusto de tristeza, sino tono mayor con alegría, júbilo y brillantez.

Puente-Genil entero ve, por el paseo del Romeral este magno desfile de Cristo Resucitado, digno colofón para unos días tan hermosos, y queda admirado de la magnificencia y policromía de este momento, mientras los ángeles en el cielo, en sus coros celestiales cantan su gloria y resurrección diciendo:

¡Campanas tocad al vuelo!
¡Sol de la mañana, alumbra!
Que Jesús no está en su tumba,
que vive, y está en el cielo.
¡Ruiseñores mañaneros!
¡Trinad, trinad de alegría!
que hay júbilo en este día
y ya se ha acabado el duelo.
Cristo vive, y redimida
está ya, la humanidad.
¡Pontanenses despertad!
¡Resucitó el Nazareno!.
Que el clamor anuncie al sol
que reluzca de colores,
que ya nuestro Redentor
nos va llenando de amores.
¡Puente-Genil! Ven y canta
tus canciones más hermosas,
jardín, da tu mejor rosa
en esta mañana santa.
Que llega la primavera
vestida de Redención.
El, nos da la salvación,
Pura, hermosa y verdadera.
¡Campanadas tocad al vuelo
en el más hermoso día!.
Vive el Hijo de María
que es mi Jesús Nazareno.